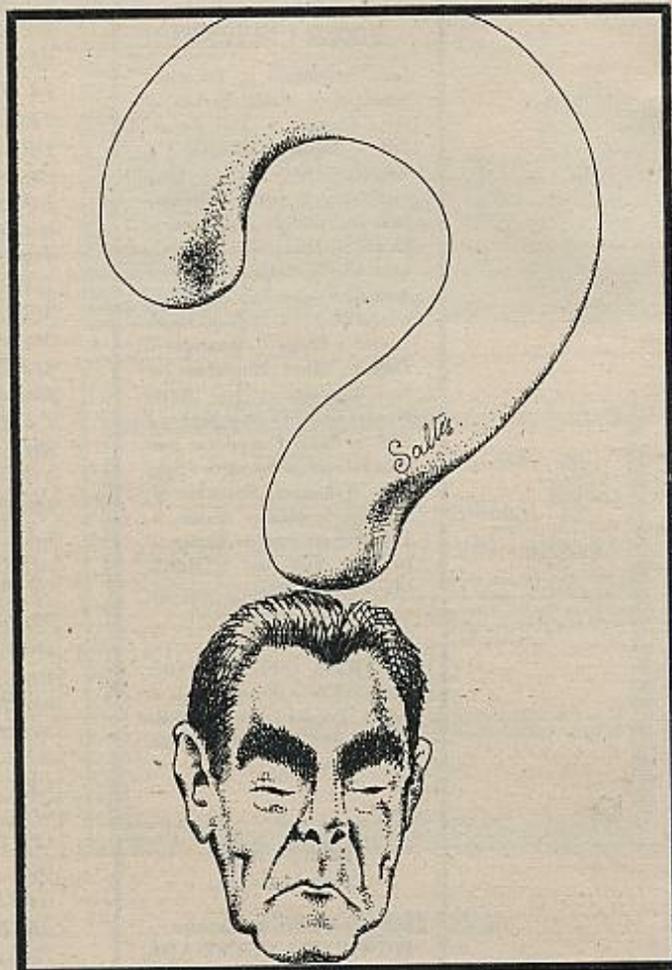


## LA HORA DE LOS HALCONES

LA situación mundial es dura: los países se endurecen para enfrentarse con ella. Los «halcones» vuelven a elevarse en el cielo político. Vuelan por encima de las «palomas». En un mismo día se han denunciado dos acuerdos importantes: la Unión Soviética ha rechazado el acuerdo comercial con los Estados Unidos, los Estados Unidos han declarado que no se sienten ya ligados a los acuerdos de paz en Vietnam, Hanoi ha acusado a los Estados Unidos de mantener dichos acuerdos en un estado de violación perpetua... Hay otros datos: Ford ha respaldado las amenazas de Kissinger contra los países árabes, el secretario de Defensa, Schlesinger, ha contribuido a la tensión advirtiendo que los Estados Unidos tienen los planes y los medios suficientes como para invadir los países árabes «en una situación extrema».

Y los rumores sobre Brejnev... Moscú los desmiente continuamente, los acusa de groseros, de burdos. De imbéciles. Pero los rumores no se detienen y dan paso a la especulación. El esquema de la especulación es demasiado sencillo. Puesto que Brejnev es el autor personal de la política de entendimiento con los Estados Unidos, puesto que ese entendimiento se ha dificultado sobre manera incluso hasta el punto de denunciar un tratado de la mayor importancia, puesto que Brejnev no aparece en público y se le da oficialmente como enfermo, nada más elemental que pensar que, real o imaginaria su enfermedad, grave o pasajera, ha sido desbordado por sus propios «halcones», por los elementos duros, por los antiguos stalinistas, nunca borrados totalmente de las esferas de poder. En resumen, por quienes tamen que la política de coexistencia esté hecha solamente de concesiones a los Estados Unidos, por quienes consideran que la URSS tiene una postura «entreguista», como se dice en el argot político. Corresponde exacta, simétricamente, a los que en los Estados Unidos piensan lo mismo, sólo que a la inversa. En una palabra, a aquellos sectores de la opinión y a aquellos firmes y poderosos grupos de presión que están representados por el senador Jackson, autor de la cláusula que ha obligado a la URSS a denunciar el tratado.

OTRO tema de inquietud para los Estados Unidos, enredados en sus problemas institucionales, constitucionales y hasta doctrinales e ideológicos. ¿Puede ocurrir que un senador, sea cual sea su poder (en general, el poder de un senador es mucho: el Senado es la asamblea de mayor decisión política, y sólo tiene cien miembros), pueda destruir la política exterior del país? Tienen un recuerdo los americanos bastante grave de lo que puede un senador con el nombre de McCarthy, que instauró un fascismo que funcionaba por encima de la Presidencia. Un senador, Jackson, puede establecer un fascismo exterior (en el interior, su política es liberal y abierta, y considera que ésta es la mejor fórmula para alcanzar la presidencia de los Estados Unidos, a la que aspira para 1976), a condición de que tenga los suficientes puntos de apoyo. Los tiene. Representa al «lobby» judío, que dispone de prensa, televisión, dinero, políticos. Representa al sector de la industria militar, para el que la idea de coexistencia y desarme es sinónimo de ruina. Representa el miedo. Casi siempre, las guerras son producto del miedo. En amplios sectores de la URSS hay miedo a un predominio militar, político y económico de los Estados Unidos, a una situación mundial que pudiera hacer tambalearse a un régimen demasiado rígido para responder con flexibilidad al viento de una ofensiva, miedo a China y miedo a una coalición entre Estados Unidos y China (cosas más extrañas se han visto y se están viendo). Contra lo que puede parecer por sus palabras y por sus gestos, los «halcones», los ultras, los partidarios de la fuerza y de la violencia, son los sectores que más miedo tienen en las naciones y en el mundo. No hace falta rascar mucho sus declaraciones enfáticas para encontrar continuamente la alusión a un fin del mundo propio, al enemigo que avanza, o que regresa, o que se rehace. Jackson ha planteado su enmienda de manera que sea difícilmente rechazable por el departamento de Estado o por la Presidencia. La ha ligado a la cuestión judía: no hay político que en los Estados Unidos pueda alzarse frente a la presión judía: perdería votos, perdería propaganda, sería confinado al olvido. La escalada de sofismas de Jackson es hábil: el entendimiento con la URSS se basa en la hipótesis de que su régimen ha cambiado desde la muerte de Stalin; se ha democratizado y ha cedido en su ímpetu de agresión. Una prueba del cambio y la liberalidad del régimen consiste en que facilite libremente pasaportes a los súbditos que quieran



abandonar el país. En este momento hay una masa de tales súbditos que desearían marcharse y no obtienen permiso: los judíos. Por lo tanto, se requiere esa prueba para poder llevar a efecto un tratado preferencial de comercio... La indignación soviética es fácilmente comprensible: una cuestión de política exterior y de intercambios comerciales no puede estar supeditada a una modificación del régimen interior. Imagínese la indignación de Estados Unidos si la URSS exigiese para firmar el tratado de comercio que los negros tuviesen igualdad real de opciones que los blancos, o que se nombrase un número igual de negros que de blancos en el Senado. Pero el senador Jackson sigue triunfando: la negativa de la URSS «demuestra» (por su óptica, por su semántica) que la URSS no ha cambiado, que sigue siendo un país cerrado y oscuro...

HAY que considerar este tratado roto —o suspendido— como algo verdaderamente importante. Su denuncia es un tema muy grave. Este tratado representaba, nada más y nada menos, que el objetivo de toda la coexistencia. Una vez suspendida la posibilidad de guerra —hasta nueva orden o hasta nuevas armas— por el «equilibrio del terror», que no era un entendimiento, sino una situación, las dos naciones trataron de sacar el mayor partido posible a esa ausencia de guerra. La URSS necesita tecnología, necesita una ampliación industrial para recurrir con artículos de consumo al nivel de vida del pueblo soviético. Los Estados Unidos necesitan un mercado amplio y nuevo, que revitalice los cansados mercados